

## **Docentes al borde de un ataque de nervios ante los entornos virtuales**

La inquietud de esta charla proviene, entre otras cosas, de ver la forma en que los colegas, más allá de la asignatura se veían apurados por las circunstancias a enfrentarse a una modalidad para la que no fueron preparados e incluso se habían resistido a utilizar como complemento de sus prácticas.

Durante años me pregunté por la razón de esa resistencia. Algunas asignaturas tomaron el guante de la tecnología más rápido que otras, tal vez porque tenían un gran componente experimental. Otras asignaturas, tal vez las vinculadas más con el humanismo, se negaron a hacerlo y pusieron toda la maquinaria intelectual para explicarse esta actitud, sacando ideas muy interesantes, con las que en algunos términos puedo coincidir y aún me llevan a cuestionarme.

Lo cierto es que la Literatura ha sido una de las materias más resistentes a estas modalidades. El simple hecho de hablar de un libro electrónico, podía hacer que los colegas miraran como extraño y desubicado al Profesor que vinculaba la asignatura que ese objeto, que les resultaba hasta obsceno, y que con la mejor educación decía “a mí me gusta más el libro en papel”, aunque con la vejez tuviéramos que usar lupa para leerlo.

Muchas explicaciones podemos darle a esta resistencia. Una de ellas es que la Literatura siempre se la vinculó con la imagen de la pluma y el papel, la intimidad, el silencio, las bibliotecas, donde podíamos hallar lo exótico. Un intelectual, en el imaginario colectivo, era un ser que vivía en una guardilla con poco luz, pero él no se enteraba, y lleno de libros apilados. A nadie se le ocurre que pueden existir más libros en una biblioteca digital que no se ven, que los libros físicos que hacen a la identidad del hombre o mujer de letras.

Desde esta imagen, no sólo se para la persona de Letras, sino también el docente que reproduce esa idea en su imaginario. Por lo tanto, estas circunstancias no ponen a prueba y de forma violenta, enfrentándonos a nuestro peor enemigo. Porque no olvidemos que los profesores de Literatura somos los encargados de conservar el legado de nuestras culturas y de las voces que se levantaron para constituir las.

Esta resistencia de parte del mundo de las letras, no sólo se da en las generaciones de adultos. También existe una a nivel de los estudiantes. Ellos que nacieron con la tecnología, no están dispuestos a ceder ese espacio lúdico o de vínculo social para mezclarlo con algo tan aburrido como la educación. Por otra parte, sus cabezas no están preparadas para ello. Antes de que nosotros empezáramos a utilizar la tecnología para enseñar o aprender, le habíamos dado a nuestros hijos la tecnología para que se

divirtieran y nos dejaran asumir nuestras responsabilidades con el mercado laboral o con lo que nos interesara como adultos. Así pues, podemos escuchar a los estudiantes diciendo cosas como “yo me manejo con mis datos, y no puedo usarlos para las tareas escolares”, aunque el país tenga hasta en las plazas o en frente a cualquier instituto de Anep (liceo, escuela o utu) conectividad gratuita. Pero no es una cuestión de reproches, es una mirada más profunda la que hay que hacer: ellos no quieren, no les gusta, en tiempos normales, que las TIC entren en el mundo de la enseñanza, vale decir, en el mundo de “lo que debo hacer”.

De esta perspectiva, y en tiempos normales, es decir, pudiendo mantener clases presenciales y virtuales, veremos que los estudiantes que van a realizar una tarea de forma virtual lo harán por motivaciones de evaluación y siempre dependiendo de cómo el docente haga pesar la tarea virtual. Así, sólo tomarán lo virtual cuando se encuentren acorralados para preparar un examen, o rendir una prueba, y a veces, ni siquiera así.

Esta situación a puesto a los docentes en el problema de pasar por encima su resistencia, porque hay algo que puede mucho más que la imagen del hombre intelectual lleno de libros, y es el arquetipo que nos hace docentes, ese deseo de comunicarnos con nuestros estudiantes y aunque sean pocos, reconocernos en la identidad que nos dignifica y nos construye: somos profesores. Algo parecido pasa con los estudiantes. En situación extrema, de tener que estar confinados, viviendo cuestiones que los llevan a gran ansiedad, o a tener que asumir, tal vez, roles que son de adulto, conectarse con la tarea de estudiante, les recuerda quiénes son y los ubica en el lugar de adolescentes, que aunque no tengan una meta clara, pueden decirle a sus padres cuál es el lugar que deben ocupar.

Como en toda crisis, siempre hay algo positivo y algo negativo. Las resistencias existen en ambos actores educativos, y la pandemia nos ha obligado a enfrentarnos a ellas, tomar el desafío y repensar las potencialidades que los entornos virtuales nos brindan.

El desafío ha sido grande y ha obligado a que todos, en mayor o menor medida, a través del método ensayo y error, despertemos nuestra creatividad y descubramos qué cosas nos han servido y qué cosas no están siendo útiles. No olvidemos nunca que esto nos crea una gran ansiedad y una sensación de un trabajo extemadamente extenuante. Eso sucede cuando es la primera vez que tomamos contacto con esta modalidad. La ansiedad del aprendizaje y la frustración de lo que no me sale, se entrechoca con la resistencia de los estudiantes y así de treinta y cinco estudiantes inscriptos, con suerte llego a ocho o diez (y a veces esto es generoso). Pero eso si hablamos de un liceo

público con todos los inconvenientes que hay detrás de esa pantalla, que no sabemos, que el muchacho está viviendo. Al principio los llenamos de tareas, los abrumamos, pensando que sólo tienen nuestra asignatura para realizar, pero si levantáramos la mirada, y pensáramos que hay trece docentes más, que están con la misma ansiedad llenándolos de tareas, nos daríamos cuenta que el pobre estudiante habría multiplicado su frustración a una potencia increíble, y ya habría decidido que mejor es tomarse el “año sabático”. A su vez, si esos estudiantes empiezan a realizar la tarea siempre que le mandamos y responden como queremos, los que deseáramos que fueran un poco más rebelde somos nosotros, porque nos veríamos sentados en la computadora, tratando de corregir treinta tareas (suponiéndose que tengo 3 grupos y de cada uno contestan 10) de grandes producciones, (porque en nuestra imaginación está la idea de que cada tarea tiene que ser una producción escrita de al menos una carilla de computadora), llenas de faltas de ortografía, sin un punto ni una coma, al mejor estilo un poema dadaísta, pero, al menos, con una letra legible.

Esta es la primera etapa, en la que el colapso está llamando a la puerta de todos. Ellos pueden abandonar, pero nosotros no. Así que la situación se vuelve desesperante. Aparecen las modalidades de las conferencias, cuando logramos que esos diez acepten dicha posibilidad. Eso ordena el tiempo pedagógico, pero nunca habíamos vivido algo así. Por lo tanto, aquello que se nos pasaba volando en una clase de 45 minutos, ahora 40 de conferencia, todos callados, levantando la mano, sin la preocupación de parar la clase cada dos minutos para decir: “sacá el cuaderno”, “a ver, silencio”, “fulanito, qué estás haciendo”, y todas las cosas que se le puedan ocurrir como los chistes de algún estudiante para desvirtuar la clase, en la que distendemos todos, ya no existe. Pensemos que de aquellos 45 minutos, con suerte, daríamos 30 o menos, mientras esperábamos que escribieran, o repetíamos diez veces las cosas porque sabíamos que no las habían entendido. ¡Cuántas veces les dijimos a un estudiantes “sentate bien, que no estoy dándote clase a los pies de tu cama”! Bueno, ahora sí. Muchas veces les estamos dando clase a los pies de la cama, literalmente. Les vemos las caras, y sabemos si están aburridos o no, pero no tenemos idea de qué están escribiendo, si lo están haciendo, o están grabando la clase. Así pues, ellos se comportan ordenadamente, y 40 minutos son efectivamente, 40 minutos. Y nosotros tenemos que renunciar a una parte importante de nuestra práctica que es asegurarnos si entendieron bien lo que nos planteamos como objetivos. Nunca lo sabemos tampoco presencialmente, pero hay algo que nos permite sentirnos más seguros, al menos acercarnos al cuaderno y ver qué está escribiendo. La teleconferencia genera la ansiedad de que se corte, o de que ellos no entren nunca más

porque no les interesó la clase. En estos entornos, ellos son los que eligen entrar, vincularse, hacer las tareas, aprender.

Esto último es una potencialidad que necesitamos pensar para trabajar. Los objetivos en esta situación no son los mismos y los códigos del aula tampoco. Nosotros podemos organizar la teleconferencia, plantear los trabajos, llevar las tareas, planificar las clases, pero ellos eligen, y no hay manera de obligarlos, sino que tenemos que pensar en motivarlos, desconociendo sus circunstancias. Esto nos exige ser muy creativos y pacientes. El trabajo de plataformas no puede ser igual que cuando puedo decirles: “recuerden que tienen una tarea para entregar el miércoles”, porque esa instancia no existe.

¿Qué hacer entonces? Eso no lo sabemos, porque en realidad son muchas las variables que están en juego. Si logramos una teleconferencia con los ocho ya mencionados, pues hay que seguir trabajando en modalidades desafiantes para ellos y para los que se sumen. En lo personal me ha resultado mucho el foro, con una pregunta desafiante en relación a lo que se está dando. El foro tiene un problema y es que muchas veces ellos no leen lo que dice el compañero. Por eso, como mediadora, suelo intervenir poniendo en cuestionamiento permanentemente lo que plantean, llevándolos a la raíz de todas las cosas, al mejor estilo de aquella pieza de Les Luthier que decía “¿y por qué la gallinita dijo Eureka?”. También me ha servido las tareas cuestionarios, pero con trampas, con preguntas donde más de una pregunta puede ser válida. Otro planteo desafiante ha sido presentar una tarea cuya consigna sea el desarrollo de un tema que no es obvio en el texto, a partir de una pregunta que dispare el análisis. Esto en caso de tareas en circunstancias donde lo presencial no es posible. Voy intercalando materiales de lectura con tareas sobre ellos. En otras circunstancias, hemos podido llegar a realizar trabajos mucho más creativos intercambiando aula virtual con aula presencial, sabiendo que muchas veces la última se transforma en un aula virtual.

Lo cierto es que no estamos preparados para el trabajo de esta forma, pero también es cierto que no estamos preparados para la mayor parte de las cosas que nos pasan en la vida, y solemos buscar soluciones creativas y no hundirnos ante los problemas que la misma vida nos presenta sin preguntarnos si nos parece bien o si ya estamos en condiciones de aceptar el desafío. Y así como en la vida, lo más sano es tomarlo con calma, respirar hondo, pensar qué vive el otro, priorizar qué es importante para mí como ser humano, lo mismo necesito hacer ahora con esto de la virtualidad en la docencia para no frustrarme ni enfermarme. Y saber qué el estudiante que puede estar ansioso, tal vez

no vea la respuesta que le mandé de forma inmediata. Sano es tener claro qué es lo importante.